

agrado, respondia : « ¿Y quién hará compañía á mi padre? » y permanecía á su lado.

Gracias á los tiernos é ingeniosos cuidados de su hija, jamas el pobre ciego tuvo un momento de fastidio.

Isabel Lopouloff.

Lopouloff, oficial ruso, aunque inocente del delito que se le imputaba, fué desterrado á Siberia y pasar el resto de sus



Trineo para viajar en Siberia.

dias en uno de los distritos mas espantosos de ese terrible pais. Allí tenia que sufrir toda clase de males y privaciones; para vestirse y alimentarse él, su esposa y su hija, no recibía sino seis sueldos diarios ¹.

Su hija, la jóven Isabel, veía con dolor el infortunio de su padre, quien á pesar de los catorce años que llevaba de cautiverio, no podia acostumbrarse á su situacion y se entregaba muchas veces á accesos de violenta desesperacion. Entónces concibió Isabel una idea extraordinaria y heroica, cual fué la de encaminarse á San Petersburgo é ir á pedir al emperador el perdon para su padre. Hállase San Petersburgo á mas de mil leguas del desierto donde gemia Lopouloff; nadie le conocia en aquella gran capital ni se tomaba el menor interes por su suerte. Ni Isabel ni sus padres poseian un escudo, y sin embargo, esta hija admi-

1. Un real de vellon, próximamente.



Isabel Lopouloff recibe la bendicion de sus padres.

rable, poniendo su confianza en Dios, resolvió llevar su idea á cabo.

Al principio no se atrevia á hablar de ello á su padre, pero al fin cobró ánimo y le dijo un dia : « ¡Padre mio! tengo que pedir una cosa, y es que me permitais ir á San Petersburgo á pedir vuestro perdon al emperador; espero que el favor de Dios me ayudará para conseguirlo. »

Al oír esta proposición, soltó Lopouloff la carcajada, tomó á su hija de la mano, la condujo á donde se hallaba su madre preparando la comida, y la dijo : « Mujer, oye una gran noticia : aquí tienes una gran señora que quiere tomarse el trabajo de ir por nosotros á San Petersburgo, y que tendrá la amabilidad de hablar ella misma al emperador. — Mejor haria, contestó la madre, de ocuparse de su trabajo que en tontunas semejantes. » Viendo que su hija lloraba, la abrazó su madre sonriendo : « Vamos, la dijo, poniendo en sus manos un trapo de cocina, empieza por limpiar la mesa y luego te ocuparás de la visita al emperador. »

Viendo Isabel que se burlaban de ella, no se atrevió á hablar mas de su proyecto, pero no cesaba de pensar en él, y en su preces rogaba continuamente á Dios la concediera su padre el permiso de partir.

Tres años despues (tenia entonces diez y ocho) renovó su demanda; sus padres vieron que hablaba seriamente, y trataron de disuadirla con lágrimas y con caricias.

Tanto fué lo que rogó y porfió, que al fin consintieron sus padres. Obtuvo un pasaporte que no la podian negar, puesto que no estaba condenada como su padre, y recibiendo la bendición paterna, se puso en marcha.

No llevaba en su bolsillo sino el valor de cinco ó seis francos en gruesa moneda de cobre; iba sola, pero el noble valor que la animaba era su mejor tesoro y su confianza en Dios le servia de escolta.

Inauditas fatigas y peligros terribles tuvo que soportar en su viaje.

No conocia el camino que debia seguir, y cuando preguntaba por el camino de San Petersburgo, que tan léjos estaba,

la tenian por loca y se echaban á reir, por cuyo motivo equivocó á menudo su camino, alargando con esto su viaje.

Segun la obligaba el cansancio, y segun era recibida en los pueblos á donde llegaba, se detenia ó no en ellos. Mientras permanecia en alguna casa, trataba de ser útil, barria la casa, lavaba la ropa ó cosia lo que le encomendaban.

¡Cuántas veces era rechazada é injuriada groseramente! Se alejaba entonces llorando; pero algunas veces tambien, al ver esto los mismos que la habian maltratado, conmovidos por sus lágrimas y por su aire decente, la llamaban y la daban buena acogida.

Una tarde la sorprendió una fuerte tempestad, y trató de refugiarse en un bosque. Colocóse bajo un pino rodeado de altas malezas para preservarse de la violencia del viento. La pobre jóven pasó allí toda la noche, expuesta á la lluvia que caia á torrentes. Al siguiente dia, medio muerta de hambre y de frio, cubierta de barro, llegó á una pobre casita donde fué bien recibida, pero donde estuvo enferma algun tiempo.

En otra ocasion fué atacada por una bandada de perros que la rodearon. La jóven echó á correr defendiéndose con un palo que la servia de baston, pero esto aumentó el furor de los animales; uno de estos cogió el bajo de su vestido y se lo desgarró. Entonces se arrojó al suelo encomendándose á Dios; sintió horrorizada que uno de los mas furiosos acercó su frio hocico para olerla, pero Dios velaba por ella y los perros no la hicieron ningun daño; un aldeano que pasaba por allí los dispersó.

Otro dia atravesaba por unos pantanos cubiertos de hielo; se extravió y despues de muchos esfuerzos llegó á un sitio agreste rodeado de espesos bosques. Aproximábase la noche, y se estremecia de temor; de repente ve salir unos hombres de un bosque; eran malhechores y sus rostros feroces la helaron de espanto. Adelantáronse á ella, la miraron con aire siniestro y la preguntaron con dureza qué venia hacer allí.

Isabel les respondió con temblorosa voz : « Vengo del

fondo de la Siberia y voy á San Petersburgo á pedir el perdón para mi padre. »

Asombrados los bandidos, quisieron ver el dinero que tenía para hacer un viaje tan largo; quedábanla algunas monedas de cobre que les mostró, y aquellos hombres se conmovieron... No solo no la hicieron ningun mal, sino que la dieron parte de sus provisiones y la indicaron el camino.

Cuando llegó á Kasan ¹ soplabá un fuerte viento que había amontonado muchos témpanos de hielo sobre el Volga². El paso de este río era casi impracticable; no se podía atravesar por él mas que una parte en lancha y otra á pié saltando de un témpano á otro. Los bateleros no se atrevían á ir de una á la otra orilla. Sin echar de ver el peligro, quiso entrar Isabel en una de sus barcas, pero la rechazaron bruscamente y la trataron de loca, jurando que no permitirían que pasase el río hasta que estuviera helado enteramente. Preguntóles que cuanto tiempo era preciso aguardar y contestaron: « Quince dias lo ménos. » Al oír esto decidió pasar en el acto. « Por Dios os ruego, les dijo con voz suplicante, que me ayudeis á atravesar el río. Vengo desde el centro de la Siberia para pedir al emperador el perdón para mi padre que ha sido condenado por error. ¡ Es el camino tan largo! ¡ Y perder aquí quince dias!... »

Sus palabras conmovieron á uno de los barqueros, quien tomando á Isabel de la mano, la dijo: « Venid, voy á tratar de conducirlos. Sois buena hija, temerosa de Dios y amáis á vuestro padre; el cielo os protegerá. »

Hizo que entrase en su barca y navegó hasta la mitad del río, donde no pudiendo ir mas léjos, cargó con la jóven llevándola en sus espaldas, marchando sobre el hielo, sosteniéndose con un remo, y arribó con ella á la otra orilla del Volga sin ningun tropiezo.

Ya comenzó á faltarle todo á la pobre Isabel poco ántes de llegar á Moscou; su calzado estaba estropeado, sus vestidos hechos girones y el frío era terrible. Había cerca de

1. Importante ciudad de Rusia, á 1853 kilómetros de San Petersburgo.

2. El Volga es el río mayor de Europa.

un metro de nieve, que al caer, algunas veces, se helaba en el aire y se convertía en una lluvia de témpanos que no permitía distinguir el cielo ni la tierra.

Son indecibles los peligros que corrió esta jóven generosa, pero contenta siempre y sin que su valor desmayara un ápice; su pensamiento estaba fijo continuamente en su padre, y esto la daba una fuerza increíble.

Al llegar á una de las ciudades situadas en su camino, fué recibida en un convento por su superiora, quien la entregó varias cartas dirigidas á una señora de Moscou y á otra que moraba en San Petersburgo. La señora de Moscou recibió perfectamente á Isabel y la dió calzado y vestidos nuevos. Alegre por tan buena acogida, siguió alegremente su camino, y llegó al fin á San Petersburgo diez y ocho meses despues de su salida de Siberia.

Al principio estuvo como perdida en aquella inmensa ciudad, hasta que consiguió encontrar á la señora á quien iba recomendada, que la alojó en su casa y la trató con suma bondad.

¿ Pero cómo podría acercarse hasta el emperador? Esto era mas difícil todavía que lo que había hecho hasta entónces. Cuando se presentó Isabel en las puertas del palacio y manifestó su deseo de ver al emperador, los guardias no pudieron contener la risa, y tuvo que retirarse avergonzada y confusa.

Dos meses empleó en pasos inútiles, hasta que una persona caritativa habló á la esposa de un oficial de guardias. Esta señora conocía á la esposa de un secretario de la emperatriz, y la rogó concediera á Isabel un momento de conversacion.

Consintió en ello la esposa del secretario, recibió á Isabel, quien la refirió su historia que enterneció en extremo á aquella digna señora y la dirigió las siguientes palabras: « Sois una hija excelente; Dios, que os ha protegido hasta ahora, no os abandonará, y tal vez se sirva de mi marido para alcanzar lo que deseais. »

Llegó en esto su marido y prometió hablar á la empera-

triz el mismo día; rogó á Isabel se quedará á comer en su casa, y marchó despues á palacio.

Ordenóle la emperatriz que se presentara Isabel aquella misma tarde á las seis. No esperaba la pobre jóven tan fausta nueva; al saberla, perdió el color y faltó poco para que se desmayara.

Pero recobrando sus fuerzas dirigió al cielo sus ojos preñados de lágrimas diciendo: «¡Oh Dios mío! ¡No en vano he puesto en vos mi esperanza!» Cubriendo luego de besos las manos de la esposa del secretario y regándolas con sus lágrimas.

El secretario la condujo aquella tarde á palacio. La emperatriz recibió con suma benignidad á Isabel y la interrogó acerca de todas las circunstancias de su historia. La jóven, confusa y temblorosa al principio, se fué serenando poco á poco. «¡Ah señora! dijo á la emperatriz; mi padre está inocente, no pido gracia para él, sino una revision de su causa y que se le haga justicia.»

Conmovida la emperatriz hasta derramar lágrimas, alabó su valor y su piedad filial, y despues mandó la entregasen cien monedas de oro para sus primeras necesidades mientras se la disponian otros beneficios.

Tal era el agradecimiento y la dicha que sintió Isabel, que no pudo dar las gracias á la emperatriz sino con lágrimas y sollozos.

El emperador, á demanda de la emperatriz, ordenó se revisara la causa de Lopouloff, y en efecto, fué reconocida su inocencia, dándose en consecuencia un decreto que le devolvía la libertad. A mas de esto, el emperador le concedió una pension considerable reversible á su esposa y á su hija.

ESPOSOS.

La mujer consagra su existencia al que ha aceptado por esposo al pié de los altares; le es fiel en el infortunio y en la prosperidad, en la enfermedad y en la salud, en el país del destierro y en la tierra patria; la muerte sola puede quebrantar tan sacrosantos lazos. (B.)

La sensibilidad es un deber en el matrimonio. En las demas relaciones

puede bastar la virtud; pero en la que están enlazados los destinos, donde un mismo impulso hace latir dos corazones, por decirlo así, se necesita indispensablemente un lazo de profundo afecto. (*Curso de moral.*)

Palabras de Livia.

Quando murió Augusto, preguntaron á su esposa Livia con qué medios habia podido cautivar por tanto tiempo el corazon de su esposo. «Con medios muy sencillos, contestó; he observado rigurosamente mis deberes; he previsto todos sus deseos; me he apresurado á ejecutar sus voluntades; jamas he tratado de conocer los asuntos que no tenia intencion de confiarme; y si ha cometido faltas para conmigo, siempre he querido ignorarlas.»

Respuesta de una madre de familia.

A una señora virtuosa la rogó una de sus amigas la descubriera el secreto que poseia para conservar el cariño de su marido, á lo que respondió: «Consiste en hacer todo lo que le agrada, y sufriendo con paciencia todo lo que no me place.»

Los diamantes.

[Siglo xviii.]

El señor de C... estaba unido hacia algunos años con una esposa que amaba con extremado cariño; desgraciadamente fué atacada de una enfermedad de pecho que lentamente la conducía al sepulcro. Su marido, que presenciaba los progresos de la enfermedad y adivinaba los dolores que ella trataba de ocultarle, la cuidaba con sumo esmero y afecto; y aunque le devoraba una pena mortal, se esforzaba por no mostrarse inquieto con objeto de tranquilizarla y calmar su imaginacion. No era rico, y segun las cláusulas del contrato de matrimonio, si la esposa fallecía sin hijos, todas sus alhajas, incluso las que su marido la hubiera dado, deberian volver á los herederos de la señora

de C.... Esta cláusula del contrato inspiró en la mente, ó mejor dicho en el corazón del marido, una idea delicada y generosa. El día del cumpleaños de su esposa, aunque los médicos habían opinado que ántes de seis meses habría dejado de existir, ocultando sus terribles angustias bajo un aspecto sereno y dulce sonrisa, la regaló un hermoso aderezo de diamantes. Dichosa por este don con doble motivo, puesto que la hizo creer que ningún peligro amenazaba su existencia, desechó sus temores, y gracias al generoso cariño de su marido, ninguna inquietud volvió á turbar los últimos seis meses de su vida.

Eponina.

Julio Sabino, nacido en los alrededores de Langres, fué uno de los jefes de la insurrección en las turbulencias que precedieron y siguieron en las Galias á la muerte de Nerón¹. Dicho jefe decíase ser descendiente de Julio César, y parece ser que tomó el título de emperador, pero fué vencido; quedó destruida la insurrección de las Galias y sus jefes fueron proscritos, y Sabino, especialmente, que era peligroso á causa de su nacimiento, no podía esperar gracia. Puso fuego él mismo á su casa y se escondió en un subterráneo que solo él conocía. Se creyó generalmente que había perecido en el incendio que había encendido su desesperación.

Dos fieles servidores le siguieron á aquel retiro sombrío; en la antigua Galia era extremado el afecto que se profesaban entre sí los amigos, y el de los servidores para con sus amos. Vamos á ver que no era ménos admirable el de las mujeres por sus esposos.

Cuando supo Eponina la muerte de Sabino, se entregó á la mas profunda aflicción; los criados de éste, que de vez en cuando salían del subterráneo para renovar las provisiones, le dijeron que la vida de Eponina se iba agotando

1. Crue tirano de Roma, que pereció de muerte violenta el año 69.

con sus lágrimas, y encargó en consecuencia á uno de ellos fuera á consolarla y á participarla que vivía.

A tan dichosa nueva se reaniman las fuerzas de Eponina, y arde en deseos de adquirir por sí misma la certidumbre de que su marido se ha salvado; protegida por la oscuridad de la noche se pone en marcha acompañada del leal servidor, y de repente se presenta á la vista de Sabino. « Vengo, le dijo, á suavizar tu suerte participando de ella contigo; vengo á recobrar mis sagrados derechos de esposa, y vengo á dedicarte mi vida. » ¡ Cuánta admiración, y cuánta gratitud debió sentir Sabino! ¡ Cómo cambió todo en un instante en su derredor! Aquella vasta caverna no es ya triste á sus ojos; sin embargo, al pensar que en adelante será la morada de Eponina, suspira....

Los dos esposos acuerdan las medidas que deben tomar para su mútua seguridad, pues hubiera sido peligroso que Eponina desapareciera completamente del mundo, y quedó decidido que solo iría al subterráneo por la noche. Pero su casa distaba cinco leguas de allí; ¿ cómo podría soportar el cansancio? ¿ Cómo podría atreverse una mujer tímida y delicada á exponerse á los peligros de un viaje nocturno y penoso que debía hacer con tanta frecuencia? ¿ Cómo podría ser tan prudente y discreta para ocultar á todos los ojos sus pasos y su secreto?... Todo le consiguió, porque estaba guiada por el amor y la virtud, poderosos móviles cuando se hallan reunidos.

Eponina cumplió todos los compromisos que había contraído su corazón; iba con regularidad al subterráneo, en donde á menudo pasaba algunos días seguidos, tomando las precauciones necesarias para que su ausencia no excitara sospechas. De todos los obstáculos triunfaba por ir á ver á su esposo; ni los rigores del invierno, ni el frío, ni la lluvia podían detenerla ni retardarla. ¡ Qué espectáculo para Sabino, cuando la veía llegar tiritando de frío, sin aliento, pudiendo apenas sostenerse en sus piés delicados, estropeados por el camino, intentando disimular, á pesar

de todo, su cansancio y sus padecimientos ó, por mejor decir, olvidándolos al hallarse á su lado!...

Nueve años duró esta dicha desconocida del mundo, hasta que por una fatal casualidad se descubrió el asilo de Sabino, que fué preso, cargado de cadenas y conducido á Roma, á donde le siguió Eponina. El emperador Vespasiano, que hubiera podido perdonarle, no quiso conceder la vida á un hombre que habia tenido pretensiones y tal vez algun derecho á la corona imperial. No pudiendo obtener Eponina la vida de su marido, pidió compartir con él su suerte. « Concédeme esta gracia, Vespasiano, le dijo, pues seria mas espantoso para mí vivir bajo tu dominio, que lo ha sido vivir bajo tierra y en las tinieblas. »

Roque Martin.

Uno de los caracteres de la virtud es exagerarse sus deberes y cumplirlos, por penosos que sean, de lo cual nos da un ejemplo Roque Martin. Sirvió en el ejército como sustituto, obtuvo su licencia y se casó en 1815 en el pueblo de Montigny, cerca de Metz. La familia de su esposa, que se componia de una madre achacosa y tres niños ciegos, se hallaba en la indigencia.

El joven marido se consideró como encargado desde entonces y para siempre de proveer á las necesidades de la familia de su esposa, á las que consagró la cantidad de seis mil francos, precio del servicio que habia hecho como sustituto. Una parte de este pequeño peculio la empleó en comprar á la familia de su esposa una casita; pero el nacimiento de tres hijos, y sobre todo la carestia de los años 1817 y 1818 absorbieron pronto el resto. Los cuidados que necesitaba la madre enferma, tres niños de corta edad y otros ciegos, no dejaban tiempo á la mujer de Martin para ocuparse en algun trabajo productivo, de modo que solo el del marido vino á ser el único medio de subsistencia para nueve personas

No ganaba mas que un franco diario, y sin embargo hay



Evasion de Gracio.

tal nobleza y delicadeza en los sentimientos generosos, que á pesar de su extremada penuria, nunca consintió que sus jóvenes cuñados fueran á implorar la caridad pública. La idea que se había formado de sus deberes le hacia pensar que podría merecer reproches si su familia recibiese socorros extraños. Prefería darles todo el pan que tan penosamente ganaba, y exponerse, como le sucedió varias veces, á caerse de inanición en medio de su trabajo.

Nadie le oyó una queja ni tampoco una alabanza; y despues de perseverancia tan enérgica, se ignoraria aún su abnegacion, fuera del estrecho recinto de su pueblo, si el amor de la humanidad no hubiera llevado á él un cirujano distinguido que emprendió la tarea de devolver la vista á los tres ciegos. Desgraciadamente no logró su objeto; pero testigo de los esfuerzos que por espacio de diez años hacia el jefe de aquella numerosa familia, reveló sus necesidades, sus desgracias y sus nobles deudas; por esta feliz indiscrecion se hizo pública aquella virtud tan constante y generosa, atrayendo sobre ella honrosas recompensas.

La esposa de Grocio¹.

A consecuencia de una contienda religiosa que sostuvo el ilustre Grocio donde su partido fué vencido, fué condenado á prision perpétua y encerrado en el castillo de Lævestein². Su esposa alcanzó el permiso de ir á verle con frecuencia y llevarle la ropa que necesitaba.

Esta mujer prudente y animosa, habia notado mas de una vez que los guardias descuidaban registrar un gran cofre, en donde tenia costumbre de llevarse la ropa sucia, y se aprovechó de esta negligencia para aconsejar á su marido se encerrara en el cofre y escaparse de este modo. Con este objeto, tuvo la precaucion de hacer algunos agujeros en el cofre para facilitar la respiracion. Estaban tan bien tomadas sus medidas, que siguiendo su marido

1. Sábio holandés nacido en 1583. Falleció en 1646.

2. Lævestein, en Holanda, provincia de Gueldres.

el consejo, consiguió evadirse, y fué llevado en el cofre á casa de un amigo suyo. Desde allí marchó disfrazado á Amberes y pasó á Francia, donde fué muy bien recibido.

Con el fin de dar á Grocio tiempo de huir, é impedir á la vez que cayera otra vez en poder de sus enemigos, fingió su esposa que se hallaba enfermo su marido, y con este pretesto evitó que entrara nadie en el cuarto que le servia de cárcel. Cuando tuvo la conviccion de que su esposo estaba en salvo, dijo á los carceleros, en son de burla, que el pájaro habia volado.

Al principio fué cuestion de formarla causa criminal, y aún hubo jueces que opinaban por que debía quedar presa en lugar de su marido; pero la mayoría de los votos decidió en favor del amor conyugal. La noble esposa fué puesta en libertad y todos aplaudieron su proceder. Madama de Lavalette imitó despues, en Francia, este rasgo con el mismo éxito.

HERMANOS Y HERMANAS.

¿Cómo hallaréis amigos fieles entre los extraños si sois indiferentes á los amigos que os ha dado la naturaleza? (*Moralistas antiguos*.) El amor á vuestros semejantes debe comenzar á manifestarse en toda su perfeccion con aquellos con quienes estais ligados por la mas estrecha de toda clase de fraternidad, es decir, lo que proviene de los vínculos de la sangrn. (SILVIO PELLICO.)

Los dos hermanos.

La discordia se interpuso entre dos hermanos, unidos estrechamente desde la infancia y divididos por la posesion de una tierra perteneciente á la herencia de su padre. Habíanse agriado sus ánimos, ámbos se habian ofendido de palabra y sus disputas y su odio les hacian desgraciados. Uno de ellos fué á ver al cura de aquel pueblo y le manifestó su sentimiento, diciéndole: «Ese pedazo de tierra es mio y no creo que deba perder lo que me pertenece...» El buen cura le respondió: «¿Cuánto produce ese pedazo de tierra? — Treinta francos al año cuando la cosecha es

buena. — ¡Treinta francos!.... ¿Qué se puede comprar con ese dinero? ¿Un vestido, un mueble, un hectólitro y medio de trigo? — Sin duda. — Otra cosa se podría comprar que valdria mas. — ¿Cuál? — Si con ese dinero podéis aseguraros un amigo que os socorriera en vuestras necesidades, que viniera en las noches de invierno á sentarse en vuestro hogar, que os ayudara en la siega ó á encerrar la cosecha, que tuviera cariño á vuestros hijos y fuera su protector, ¿no valdria esto treinta francos? — ¿Qué quereis decir con eso, señor cura? — Quiero decir, amigo mio, que por ganar treinta francos perdeis cosa que vale mas: perdeis un hermano, que ha sido vuestro amigo y compañero de infancia, que ha sido mecido en los brazos de una misma madre y amamantado en el mismo seno. Quiero decir que por ganar treinta francos perdeis la alegría y la tranquilidad de vuestra vida. — Puede muy bien que así suceda, señor cura, ¿pero qué he de hacer? — Yo hablaré con vuestro hermano, y tal vez haya medio de arreglarlo todo.»

En efecto, el buen sacerdote fué á ver al otro hermano, y empleó con él poco mas ó ménos el mismo lenguaje; cuando le vió ya algo indeciso, le habló de su anciana madre, y del padre que ya no existia.... «¿Quereis alligir á vuestra madre en su vejez? le dijo; ¿qué diria vuestro padre si alzara la cabeza y presenciara las querellas de sus hijos? El odio entre los hermanos es el dolor de los padres...» Corrieron las lágrimas por el rostro del aldeano, y corrió á abrazar á su hermano, y olvidando ámbos su animosidad rogaron al sacerdote se erigiera en árbitro de su discusion, quien tuvo poco trabajo en arreglar la diferencia, devolviéndoles desde aquel momento la tranquilidad.

La señorita de Rigny.

[Siglo XIX.]

Los acontecimientos de la Revolucion habian privado á la señorita de Rigny de toda su familia. Retirada en una casa

aislada en medio del campo á la edad de veinte años, cuidaba á la vez de la casa y de la educacion de su hermano, que no contaba con otro apoyo que ella. Su deseo era que su hermano entrara en la Escuela politécnica; pero, ¿cómo podia prepararle para ello? ¿Cómo podia darle al mismo tiempo la educacion literaria? Los colegios han desaparecido, y las escuelas de instruccion que comenzaban á establecerse, no le parecian á la señorita de Rigny dignas de su confianza. Su fraternal cariño la inspiró una idea verdaderamente noble, y se puso á aprender todo lo que debia saber su hermano para enseñárselo. Por árido que pueda parecer este trabajo á una mujer, la señorita de Rigny se entregó á él con perseverancia y consiguió el mejor resultado; la lengua latina, la literatura antigua y moderna, la elocuencia, la historia, los diversos ramos de las matemáticas, todo lo aprendió y lo enseñó á su hermano; el jóven Rigny fué admitido en la Escuela politécnica sin haber tenido otro maestro que su hermana.

Este mismo Rigny fué quien, con el grado de almirante, mandaba la escuadra francesa en Navarino¹; y tiempo despues desempeñó el ministerio de Marina².

Tal fué el glorioso puesto que le preparó la infatigable abnegacion de su hermana.

Aubry.

El 31 de octubre de 1800 se efectuó la apertura de la esclusa de Vermanton³ que habia sido construida de nuevo. Estéban Aubry sabe que su hijo, de edad de doce á trece años, conduce la popa del tren de balsas que debe pasar primero. Alarmado del peligro que corre en una esclusa nueva, va á buscarle y se embarca con él para estar á la mira. En efecto, apénas habia pasado la mitad del tren, cuando la otra mitad se sumerge á mas de dos metros;

1. Ciudad y puerto de Grecia en la Morea; las escuadras aliadas de Francia, Inglaterra y Rusia destruyeron la flota turca y egipcia en 1827.

2. Falleció en 1835.

3. Vermanton está á 22 kilómetros de Auxerre; esta esclusa da paso á las maderas flotantes.